
Los Últimos los Primeros

Arturo Reyes

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 7279

Título: Los Últimos los Primeros

Autor: Arturo Reyes

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 24 de diciembre de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los Últimos los Primeros

Cumplida su misión huyen las nubes a par que las sombras de la noche, y el sol, apareciendo triunfante en un horizonte de zafir, vierte sus rayos de oro sobre la tierra húmeda y engalanada en sus más rientes verdores.

Cruzan las palomas el espacio azul como saetas nítidas, despéñanse los arroyos en las pintorescas cañadas donde el torrente despojó el adelfal de sus flores carmesíes; lanza el mirlo su nota estridente en el espeso zarzal; cruzan los campesinos por los accidentados senderos que ponen en comunicación los blancos caseríos, que se destacan como arropados por árboles añosos en cumbres y en laderas; casi escondidos por los florecientes matujos ramonean acá y acullá los rebaños, haciendo resonar el melancólico sonido de la esquila; discurren las aldeanas por entre los maltrechos bancales de los huertos; camina con paso perezoso por la carretera flanqueada de altos pencales, la acansinada recua, y allá en lo distante parece que para unirse al mar, descendió el horizonte ó que para unirse al horizonte elevó el mar su onda azulada y cristalina.

Al canto del gallo que lanza desde el corral su reto matutino, entreabre Dolores la puerta del lagar y pasea sus ojos llena de zozobra, por todos los atajos del monte; están pálido su semblante moreno y tristes sus ojos, de oriental estirpe, y caída en desorden la negrísima guedeja sobre la espalda que tantas veces le quemó y requemó el sol al verla segando las escasas mieses, por prestar también en aquella ruda labor su concurso al cansado compañero.

Dolores se sienta sobre el múrete que circunda la limitada planicie que sirve de antesala á la reducida vivienda, mas la inquietud que la tortura le hace incorporarse á poco y dirigirse hacia el hogar gritando con voz de timbre de plata:

—Tía Pepa, yo me voy á alargar á la trocha, que ya estoy la mar de acongojaíta, que yo no he podido pegar en toa la noche los ojos.

—Ya te he sentío, mujer; pero no seas tan cavilosa y no te acongojes asina, que no es la cosa pa tanto.

—Es que ha sío mucha el agua que Dios mos ha concedío, y milagrito será que no se haigan jinchao toícos los arroyos; no tiée usté más que ver el de los *Mimbrales* que muje que mete espanto.

—¿Pero tú crees que tu padre y que tu marío son dambos dos inocentes? No tengas tú mieo, que ya se habrán puesto en seguro y se habrán queao en la venta del *Ajojolíú* en el lagar del *Pizarro*.

—No, tía Pepa, ni mi Toño ni mi padre han juío el cuerpo á la lluvia ni á la ventolina, y cuando ya no están aquí, es poique están aniaos ó calaicos, y sá menester no orviarse de que mi Toño, á pesar de sus apariencias, es más delicao que una tórtola en el celo.

—Pos de perder, perder le tocaría fijamente al que á ti te trujo al mundo, poique el suyo es muchísimo más peor que el camino por aonde habrá jechao tu Toño, y además que él tiée los güesos abitocaos y tu Toño está en sus propios amaneceres.

—Eso se piensa su mercé, pero mi Toño no vale ogaño lo que antaño, y si lo ha cogío la tormenta en el camino, ya verá su mercé cómo eso le cuesta la mar de días en cama.

—¡Camará, y quien eres! ¡Pos ni que á tu Toño lo hubiera empollao un arzacola! No seas asina, mujer. Lo que tú debes jacer es estarte quieta y no salille ar paso, que no poique tú le salgas ar paso, vas á conseguir amasar de nuevo el pan que ya se han comío.

Dolores se encogió de hombros y se dirigió rapida hacia la falda del monte, desdeñando la vereda, y saltando ágil como un corzo por la inclinada vertiente.

—¿Has llegao jasta la trocha!

—Jasta el olivar de Joseíto el *Candela*.

—¿Y no has ví3to á naide en el camino?

—Ni un pájaro, y sólo al golver me di de cara con Toval el *Cencerrete* que venía de los *Pencares* y que ice que ha pasao las de *Evélica* pa cruzar por

el vao de los *Granizos*.

—¿Y no se ha trompezao ni á tu padre ni á tu Toño en su vereas?

—A ninguno de dambos; pero él se cree que como el uno pasa por la venta del *Ajojolí* y el otro por la del tío *Cambronero*, se habrá guareció en ellas del turbión que, según dice Tovalo, ha sío por allá arriba de los que ajogan las ramas.

—Pos vete tú ya pa entro y vé poniendo en el fuego la puchera, que lo primero es lo primero.

—Póngala su mercé, que no estoy yo pa ocuparme de naíca.

Y mientras la anciana penetraba en el hogar, sentóse Dolores de nuevo en el poyo adosado al muro, clavando los hermosísimos ojos en las floridas sendas, sin que lograran arrancarla de su abstracción los halagos del escuálido mastín que también paseaba como, impaciente su mirada por la radiante lejanía ni el alegre bandurrio de gallinas que acaudilladas por un gallo de roja cresta y de pluma recamada de oro, removía la tierra acá y acullá con alegre cacareo, ni *Churrete* el pastor, que resguardando del relente las manos bajo sus axilas, dirigíare hacia la cercana cumbre á la retaguardia del reducido rebaño que despuntaba al paso alegremente los bien mojados matujos.

Dolores no pudo continuar sentada; la inquietud hízola levantarse de nuevo como si el movimiento amortiguase su zozobra, y ya disponíase á dirigirse de nuevo hacia el olivar del *Candela*, cuando un resonante ladrido turbó el silencio del monte, y el mastín, tras un instante, tras un solo instante de vacilación, corrió impetuoso y alborozado hacia la trocha de los *Cipreses*.

Dolores dejó escapar una exclamación de júbilo, y

—Ya están aquí—gritó al divisar casi simultáneamedte allá al final de la vereda por la que corría el mastín, á su padre, el señor Paco el *Tardío*, que avanzaba arrebujaado en su manta, sobre el viejo pollino que parecía vacilar al peso de su carga y de sus años; y allá por la vereda de los *Rosales*, al brioso trotar de su fuerte cabalgadura, á su marido Toño el *Bizarro*, que confirmaba su mote con la gentileza de su gallarda persona.

Y también Dolores, como el mastín momentos antes, vaciló un punto, solo un punto, y decidiéndose, rápida y vibrante de alegría al ver huir en tropel sus inquietudes, corrió, ágil como una ardilla y riende como una alborada, hacia su dueño, luciendo al correr la bien torneada pantorrilla bajo la mancha sangrienta de su zagalejo encarnado.

Y momentos después, mientras el *Bizarro* sonreía y posaba sus labios sensuales, ávidos de caricias, sobre los húmedos y purpurinos de Dolores, y el sol irisaba el cuadro al conjuro de su ardiente centelleo, allá en lo alto de la trocha de los *Cipreses*, arrebuñado en su manta raída, acariciaba el anciano con sus escuálidas manos al también viejo lebrél que le mostraba su amor con su resonante ladrar y con sus alborzados escarceos.

Y acariciado que hubo al viejo mastín, murmuró el señor Paco el *Tardío*, tras arrojar un suspiro y al par que ponía una hosca mirada en el grupo formado allá en el opuesto camino por el *Bizarro* y Dolores:

—¡Lo mesmo le hubiera pasao conmigo á su madre, á la que Dios me quitó, á la que me dejó tan solico... á la mía compañera!

Arturo Reyes



Arturo Reyes Aguilar (Málaga, 29 de septiembre de 1864 - íd., 17 de junio de 1913) fue un poeta lírico, periodista y narrador español.

Su madre lo abandonó cuando apenas tenía un año, a causa de problemas conyugales con su esposo. Estudia en el Colegio del Arcángel San Gabriel idiomas y contabilidad. A los doce años queda huérfano de padre y debe interrumpir sus estudios por problemas económicos; trabaja como recadero, zapatero y dependiente y se forma de manera autodidacta, descubriendo la poesía de José de Espronceda. Se casa con

Carmen Conejo Guillot el 14 de junio de 1884. Colabora en El Correo de Andalucía y en El Cronista; de esta última publicación será redactor casi toda su vida. Con sus amigos Narciso Díaz de Escovar y José Ruiz Borrego crea un centro docente de teatro para jóvenes en 1886: la "Academia Provincial de Declamación". En 1888 logra publicar en Madrid, con el apoyo de su maestro Martínez Barrionuevo, una colección de narraciones breves: El Sargento Pelayo.¹ En 1889 colabora en el semanario El Renacimiento e imprime su primer poemario en Málaga, Ráfagas, y en 1900 la novelita ¡Estaba escrito!. En 1891 publica una colección de versos con el título de Íntimas y consigue dos premios municipales; eso le anima a colaborar en numerosos periódicos (La Unión Mercantil, El Álbum, el Correo de Andalucía, la Ilustración Española...).